millones en abono de las indemnizaciones debidas á Franceses eu virtud del art. 14 de la presente convencion.

» Art. 12°. Para el pago del exceso de los gastos de guerra y para el cumplimiento de los cargos mencionados en los artículos 7, 10 y 14, el gobierno mexicano se obliga á pagar anualmente á la Francia la suma de 25 millones en numerario. Esta suma será abonada: primero, á las sumas debidas en virtud de los expresados artículos 7 y 10; segundo, al monto en interes y capital de la suma señalada en el artículo 9°; tercero, á las indemnizaciones que resulten debidas á súbditos franceses en virtud de los artículos 14 y siguientes.

» Art. 13°. El gobierno mexicano entregará el último dia de cada mes en México, en manos del pagador general del ejército, lo debido á cubrir los gastos de la tropas francesas que hayan quedado en México, con arreglo al art. 10.

» Art. 14°. El gobierno mexicano se obliga á indemnizar á los súbditos franceses de los perjuicios que indebidamente hayan resentido y que motivaron la expedicion.

» Art. 15°. Una comision mixta, compuesta de tres Franceses y de tres Mexicanos, nombrados por sus respectivos gobiernos, se reunirá en México dentro de tres meses, para examinar y arreglar esas reclamaciones.

» Art. 16°. Una comision de revision compuesta de dos Franceses y de dos Mexicanos, designados del mismo modo, establecida en Paris, procederá á la liquidacion definitiva de las reclamaciones admitidas ya por la comision en el artículo precedente, y resolverá respecto de aquellas cuya decision le haya sido reservada.

» Art. 17°. El gobierno frances pondrá en libertad á todos los prisioneros de guerra mexicanos, luego que el emperador entre en sus Estados.



» Art. 18°. La presente convencion será ratificada; y las ratificaciones serán cambiadas lo mas pronto posible.

» Dada en el castillo de Miramar, el 10 de abril de 1864. — *Firmado*: HERBET. — JOAQUIN VELAZQUEZ DE LEON. »

En esa misma fecha firmó S. M. unos decretos relativos al empréstito que se hizo en Paris y nombrando una comision de hacienda en esa capital, cuya presidencia se confió al señor conde de Germiny, senador del imperio frances.

---

## CAPÍTULO VI

Embarque de Maximiliano. — Llegada á Roma. — Audiencia del papa. — Misa y alocucion de Su Santidad. — Comunion. — Embarque para Gibraltar. — Por qué no desembarcó en España. — Honores y fiestas en Gibraltar. — Llegada á la Martinica. — Libertad de prisioneros. — Llegada á Veracruz.

El emperador Maximiliano, inmediatamente despues de la ceremonia, se metió en la cama bastante indispuesto, pero el 14 se embarcó en la fragata austríaca *Novara*, adonde le acompañó su hermano Luis Victor. Las autoridades de Trieste le arengaron ántes de embarcarse, y toda la poblacion se apiñó para saludar á los nuevos soberanos con toda la efusion que les inspiraba el cariño que tenia á esos príncipes. La municipalidad, la cámara de comercio y las personas de la sociedad de Trieste se hallaban en seis vapores en frente de Miramar.

El 18 llegaron SS. MM. á Civita Vecchia, donde fueron recibidas por el general Montebello, jefe de la guarnicion francesa en Roma. En la ciudad eterna salieron á recibirlas

el cardenal Antonelli y los representantes de Austria, Francia y Bélgica, varios cardenales, jefes y oficiales de los ejércitos frances y pontificio, y muchas señoras.

El 19 se verificó la primera entrevista con Su Santidad. — El 20 asistieron SS. MM. en la capilla Sixtina á la misa pontifical. Acabado el evangelio, les dirigió Pio IX una tierna alocucion que conmovió á todos los oyentes, hablándoles de las obligaciones especiales que pesan sobre los soberanos de la tierra; de la importancia de la aceptada por Maximiliano; y de los esfuerzos que debia hacer para corresponder á las esperanzas de sus súbditos y cumplir los designios de la Providencia. Recibieron en esa misma misa SS. MM. la comunion de manos del Santo Padre. Á medio dia fué Su Santidad á visitar á los emperadores. En la tarde volvieron SS. MM. á Civita Vecchia, en donde se embarcaron para Gibraltar.

Desde que Maximiliano fué á Paris, habia manifestado el deseo de ir á Madrid á saludar á la reina de España, desembarcando en Valencia. Tal intento era muy satisfactorio á los que no renegamos de nuestro orígen, y queríamos olvidar lo pasado en esta cuestion estrechando las relaciones de dos países ligados por los vínculos de la sangre é intereses comunes. De esta visita espontánea del emperador Maximiliano, inspirada por su conocida simpatía á España, se esperaba que esta nacion enviaria un buque que uniéndose á la fragata *Thémis*, fuese hasta Veracruz, como un testimonio público de la armonia con que ambos soberanos entablaban sus relaciones. Mas no pudo ser así, y S. M. desembarcó en Gibraltar sin ir á España. Mas tarde nombró ministro en esa corte al Sr. Fácio, antiguo y digno servidor de la nacion. Las autoridades inglesas saludaron con 21 cañonazos la llegada del emperador, y hubo convites recíprocos y fiestas en honor de Sus Majestades.



Los buques siguieron á la Martinica, donde se detuvieron algunas horas. Allí se adhirieron al imperio varios prisioneros mexicanos: cuatro de ellos se embarcaron en la *Thémis* para seguir á México. — Los emperadores llegaron á Veracruz el 28 de mayo.

---

## CAPÍTULO VII

Se sabe en México la aceptacion. — Almonte, lugarteniente — Sale para Veracruz. — Entusiasmo de la capital. — Desembarco de los emperadores. — Proclama. — Recibimiento en Veracruz, en Córdoba, en Orizava. — Anécdota. — Tierna y sencilla alocucion de los Indios. — Entrada en Puebla. — Llegada á la villa de Guadalupe. — Solemne entrada en México. — Algunos detalles. — Abatimiento de los republicanos. — Viaje del emperador á las provincias del Centro. — Recibimiento entusiasta en ellas. — Alejamiento de los fundadores del imperio. — Se les tacha de reaccionarios. — No lo son. — Se les llama á la hora del peligro, acuden y sucumben con el emperador.

La primera noticia que se tuvo en México de la aceptacion definitiva de la corona, la llevó el vapor-correo frances llegado á Veracruz á mediados de mayo. Un despacho del ministro del nuevo imperio en Paris de 15 de abril, anunciando el embarque de los soberanos de México para su nuevo país, y que el 17 debia presentar al emperador Napoleon la carta de notificacion del advenimiento al trono de Maximiliano y las credenciales de ministro, fué insertado en una proclama de las autoridades municipales, que llenó de júbilo á la capital y á todas las provincias adheridas al imperio.

Desde ese dia empezó á tener cumplimiento el decreto que el emperador firmó el dia de su aceptacion, nombrando su

lugarteniente al general Almonte, durante la ausencia de Su Majestad, y cesando la regencia en sus funciones.

El 21 salió de México el general Almonte y otros funcionarios públicos, con direccion á Veracruz, á recibir á los emperadores. Una salva de 101 cañonazos anunció el 28 la llegada á aquel puerto de SS. MM. El general Almonte, primero, y luego las autoridades de Veracruz, fueron á bordo á felicitar á los emperadores. La poblacion manifestó gran entusiasmo.

Se publicó inmediatamente una proclama del emperador, que agradó muchísimo. En ella empezaba diciendo S. M. que los Mexicanos le habian deseado y que se entregaba con alegría á ese llamamiento; habia palabras de consuelo y de esperanza, y concluía pidiendo la union y que se olvidasen las sombras pasadas.

En México, el entusiasmo no conoció límites. Al saberse la llegada á Veracruz de SS. MM., el pueblo y aun personas de distincion invadieron las torres de la catedral y de otras iglesias para repicar las campanas; muchísimas personas de la sociedad y funcionarios públicos recorrieron en la noche las calles de la capital, formando un alegre vítor en medio de una iluminacion general. El ministro de Francia, los generales franceses y el arzobispo salieron á sus balcones á secundar las aclamaciones de esta funcion pública y patriótica. Se comunicó por el telégrafo esta demostracion al ministro de Estado para que la pusiese en conocimiento de SS. MM., firmando el telégrama el Sr. Arango y Escandon, una de las personas mas ilustradas de México.

En tanto SS. MM. seguian para Córdoba. La rotura del carruaje hizo que la entrada en esta ciudad fuese á las dos de la madrugada, lo cual no impidió, sin embargo, que la poblacion entera estuviese en pié para ver pasar á SS. MM.



bajo los numerosos arcos de triunfo que les habia levantado el vecindario, que con antorchas en las manos les aclamaba cubriéndoles de flores con el llanto en los ojos y la alegría en el corazon. Despues del *Te Deum*, recepcion de las autoridades y otras muestras de regocijo, siguieron SS. MM. para Orizava, dando testimonio de la alegría de los pueblos que atravesaban, en donde aparecian millares de Indios con arcos de flores, aclamando á sus nuevos soberanos.

Igual acogida encontraron en Orizava, cuya divisa es: « Benigno el clima, fértil el suelo, cómodo el sitio y leal el pueblo. » Las autoridades y el vecindario salieron á recibir á SS. MM., y hubo discursos y entusiastas aclamaciones, llegando el entusiasmo hasta querer el pueblo desenganchar los caballos y tirar del coche de los soberanos, quienes se opusieron enérgicamente amenazando con bajarse y seguir á pié. El vecindario y numerosos alcaldes de Indios con sus insignias seguian á SS. MM.: todas las señoras y caballeros de la ciudad les acompañaron constantemente, manifestando tanto júbilo que los jóvenes príncipes no sabian ya cómo agradecer. Despues visitaron los establecimientos públicos y asistieron á todas las fiestas que se les tenian preparadas, oyendo discursos de adhesion en lengua mexicana, tan admirables de sencillez y de ternura que importa conocer traducido, siquiera uno, para apreciar los sentimientos de esa raza tan humilde y laboriosa, y tan maltratada en nombre de la libertad: « Nuestro honorable emperador, » aquí tienes á estos pobrecillos Indios, hijos tuyos, que han » venido á saludarte, y á que sepas que les alegra mucho el » corazon tu venida, porque en ella ven á manera de un » arco iris, que desbarata las nubes de discordia, que parece » se habian avecindado en nuestro reino. El Todopoderoso » es el que te manda; que Él te dé fuerza para que nos sal-

» ves. Aquí está esta flor : mira en ella una señal de nuestro
» amor : te la dan tus hijos del pueblo del Naranjal. »

Cuentan que en Orizava cuatro republicanos quisieron hacer acto de grosera hostilidad al emperador, colocándose de manera que se notase que permanecian cubiertos. S. M. les miró y les saludó descubriéndose, y ellos, sin ser dueños de sí mismos, se descubrieron é inclinaron. Esto nos recuerda aquel jóven frances que en Paris no se descubrió ante Pio VII, quien le dijo : « Hijo mio, la bendicion de un an-
» ciano no hace mal : » el jóven se descubrió é inclinó.

La poblacion de Orizava, con las autoridades á la cabeza, salió á acompañar á los emperadores el dia que siguieron á Puebla, repitiéndose las demostraciones de adhesion y alegría.

Como siempre, todos los pueblos del tránsito iban recibiendo á SS. MM. con entusiasmo y con arcos y flores. El 5 de junio entraron en Puebla, cuya ciudad les recibió espléndidamente. Ricos y pobres, todos á porfía, se apresuraron á recibir y festejar dignamente á los príncipes, adornando las calles y los balcones, en donde se veían numerosos retratos de los nuevos soberanos ó sus iniciales, así como de los emperadores de los Franceses, todos entre coronas de laurel y rosas ; los pabellones de México y Francia, Austria y Bélgica ; arcos de triunfo é inscripciones. Hubo fuegos artificiales, arengas, vivas, *Te Deum*, fiestas públicas y bailes, celebrándose con gran pompa por las autoridades y la poblacion el cumpleaños de la emperatriz Carlota, que es el 7 de junio. La ciudad de Puebla, que habia vivido tanto tiempo entre el estruendo del cañon, olvidaba en aquellos dias esos horrores, cubriendo con flores aquella bella ciudad y haciendo resonar sus gritos de alegría y entusiasmo.

El 12 de junio de 1864 se verificó la entrada de SS. MM.



en la capital. Sus doscientos mil habitantes, con pocas excepciones, se habian puesto en movimiento mucho tiempo ántes para hacer los preparativos dignos de un pueblo que con sus corazones habia levantado un trono, en que se veia el término de las desgracias y el principio de la concordia y de la prosperidad.

El 11 de junio doscientos carruajes con señoras y quinientos señores á caballo salieron de la capital, llenos de entusiasmo, á encontrar á SS. MM., situándose en el llano de Aragon, por donde los emperadores debian pasar para ir á la villa de Guadalupe á orar ante la patrona de México, ántes de hacer su entrada en la capital. Luego que SS. MM. llegaron á Aragon, las damas y caballeros, pié á tierra, se apiñaron en su rededor, cubriéndolas de flores y de una lluvia de oro y plata, aclamándolas con frenesí : una comision de señoras y caballeros felicitaron á SS. MM. en nombre de los habitantes de la capital, nacionales y extranjeros. La gente de á pié, que era numerosísima, llevaba banderas imperiales. Al ver SS. MM. en derredor suyo á todo lo que México encerraba de distinguido, aclamándolas en aquella llanura con frenético entusiasmo, dieron testimonio de que la asamblea de notables habia sido intérprete de la voluntad nacional. La emocion se apoderó de los príncipes al recibir los votos de gracias que las señoras presentaban á la emperatriz y los caballeros al emperador. Allí arengó á SS. MM. el Sr. Cuévas, respetable y entendido hombre de Estado, que ya cercano al sepulcro pulsó la lira por última vez para celebrar en el nuevo monarca :

« El don de gobernar, que es don tan raro. »

Despues de las arengas y aclamaciones, continuaron Sus Majestades á la villa de Guadalupe, seguidas de todas las señoras y caballeros y del general Almonte, en donde fueron

recibidas por los arzobispos y obispos, altos funcionarios y autoridades municipales, así como por los Sres. ministro de Francia, general Bazaine y otros jefes franceses. El arzobispo entonó el *Domine, salvum fac imperatorem*, despues de lo cual arengó el ayuntamiento.

El domingo 12 de junio hicieron su entrada en la capital del imperio los jóvenes soberanos. El que conozca la amenidad de los países meridionales, la hermosura de aquel cielo, aquel ambiente delicioso de la primavera de México, comprenderá mejor el aspecto que ofrecia aquella poblacion animada de la alegría mas pura y de los sentimientos de gratitud hácia los príncipes en quienes se fundaban tantas esperanzas. No solamente la poblacion de México, sinó multitud de gente de las provincias y millares de Indios, habian venido á presenciar aquella magnífica entrada, tan grande y tan espléndida, mas que por el lujo de los adornos, por el entusiasmo que reinaba, mayor aun, dicen los ancianos, que el que encontró Iturbide, el glorioso libertador de México. Las flores y los cortinajes, los retratos de los príncipes y las banderas mexicana y francesa habian llenado el tránsito de SS. MM., que avanzaban á paso lento cubiertos de las lluvias no interrumpidas de flores y de oro y plata, y de las bendiciones y frenético entusiasmo de un pueblo que les miraba como sus redentores. En toda la carrera se levantaban arcos de triunfo gigantescos, dedicados unos á la paz, otros al emperador, otros costeados por las provincias, y en ellos se veían, ya los bustos de los emperadores de México y de Francia, ya los nombres de los que contribuyeron á fundar el imperio, con inscripciones y versos tiernísimos, intérpretes todos de la delicadeza de los sentimientos que los inspiraban. Los poetas todos compusieron tiernas poesías celebrando la regeneracion del país y las prendas de los soberanos.



Describir en todos sus detalles aquella recepcion, es cosa poco hacedera; porque ademas de las muchas ceremonias que inventó el gozo de las autoridades y de la poblacion, en cada familia se repetian los episodios mas tiernos que producia en ellas el entusiasmo. Ni la edad avanzada, ni los achaques, ni la pobreza, ni el luto, ni el llanto no enjugado de las familias de las víctimas, nada fué parte á detener el vehemente deseo de contemplar á sus monarcas. La generacion que ya veía acercarse con tranquilidad el fin de sus dias, y la que da el movimiento y la vida se prometia gozar de otra ventura. Los que han presenciado aquella memorable recepcion, en que pretenden « que solo les faltó adorar á aquellos augustos personajes, » nos recuerdan, al ver su emocion, lo que se refiere del diputado Baudin, que al saber el regreso de Bonaparte, despues de la campaña de Egipto, espiró de alegría, porque veía la perdicion de su patria, si un brazo poderoso no venia á sostenerla.

Los emperadores no ocultaban lo conmovidos que estaban al ver aquellos millares de semblantes en que estaban pintadas la buena fe y la adhesion juntamente con el regocijo y la esperanza, de cuya actitud darian sin duda gracias al Altísimo al entrar en la magnífica catedral, donde el arzobispo entonó el *Te Deum* en medio de un concurso escogido. Luego fueron SS. MM. á pié hasta palacio. Allí entre multitud de felicitaciones, quiso leer el general Mejía un discurso en nombre de la órden de Guadalupe; y el mismo hombre, tan terrible en la pelea, y que ha sabido morir como un héroe, no pudo articular palabra, embargado como estaba por el entusiasmo!.... El prefecto municipal entregó á S. M. las llaves de la ciudad.

Imposible es concluir sin dejar de notar que en estas fiestas, que son sin duda las mas notables que ha visto la

generacion presente de México, reinó el órden mas completo, que nadie prorumpió en gritos de venganza contra los vencidos. Las pocas familias que no se asociaron á esta alegría no fueron molestadas, y la ausencia de adornos en sus casas prueba la libertad en que se dejó á la exigua minoría que no simpatizaba con el imperio. Este era ya una verdad á los ojos de sus enemigos, los cuales, vencidos mas aun por ese entusiasmo de que sus ojos y sus oidos daban testimonio, pedian solo que se les dejase tranquilos, pues creían, como nosotros, que la república y sus desórdenes quedaban sepultados en ese dia!.... ¿Por qué no ha sido así, Santo Dios? La historia lo dirá en su dia; pero nosotros podemos decir desde hoy que la justicia y la razon son inmutables; que los triunfos materiales que se alcanzan sobre ellas no amenguan, ántes enaltecen á sus defensores, y que nosotros ni vencedores ni vencidos tememos el fallo de la historia! . . . . . .

. . . . . .

El imperio fué reconocido no solo por las naciones europeas que habian estado en relaciones con la república, sinó por las demas, y eran la Confederacion Germánica, varios Estados de Alemania, el Austria, Turquía, Grecia, Suecia, Dinamarca, Rusia, Holanda, Portugal, Persia, China. En América, solo al Brasil notificó el emperador su advenimiento al trono. El reino de Italia fué reconocido inmediatamente por S. M.

Algunas semanas despues emprendió el emperador un viaje á las provincias del interior. Ya desde Veracruz hasta México habia reconocido S. M. la verdad con que se le aseguraba que la mayoría del país lo deseaba. Ahora iba á conocer lo mismo en las provincias del Centro, y nada prueba mas lo convencido y contento que quedó de este viaje, que lo que escribió á su ministro de Estado: « Al volver de mi



penoso viaje, durante el cual he recibido en cada ciudad, en cada pueblo y cabaña las pruebas mas sinceras de simpatía y del entusiasmo mas cordial, he podido penetrarme de dos verdades irrefragables. La primera es que el imperio es un hecho basado firmemente sobre la voluntad de la inmensa mayoría de la nacion, y que sobre este hecho reposa la forma de un gobierno de verdadero progreso, que es el que responde mejor á las necesidades de las poblaciones. La segunda es que esta inmensa mayoría desea la paz, la tranquilidad y la justicia; bienes que espera y pide con ansiedad á mi gobierno, y que yo, lleno de la idea de mis deberes sagrados para con Dios y para con el pueblo que me ha elegido, estoy resuelto á darle. »

Y tambien al que escribe estos apuntes se dignaba S. M. escribirle: « Cuento con que en Europa hará efecto el saber » que el soberano puede viajar libremente por el interior del » país con una pequeña escolta. » En un segundo viaje de S. M. á las provincias de Oriente, á que le acompañó la emperatriz, tuvieron SS. MM. una ocasion mas de conocer los sentimientos monárquicos del país. Hé aquí lo que nos escribia entónces á Paris el emperador: « Mi recepcion en » todas partes ha sido cordial y entusiasta. En todos los » puntos he podido observar el feliz desarrollo de los nuevos » principios... Espero que al fin lo verán y lo comprende- » rán en Europa. Conozco bien á la vieja Europa, y puedo » decir que no hay muchos soberanos que puedan entrar en » sus capitales en medio de festivas recepciones y de una » inmensa masa de pueblo, sin un soldado y sin una sola » guardia, como ántes de ayer lo hemos hecho aquí. » Y al mismo tiempo, la emperatriz Carlota nos escribia tambien: « La acogida que nos hicieron en Mexico, nos arrancaron » lágrimas del corazon... »

Aquí empieza, sin embargo, un nuevo órden de cosas que pertenecen á la política seguida por el gobierno imperial de México, historia propia de otro lugar y de otras circunstancias. Unicamente nos permitirémos añadir que al llegar á Veracruz, el emperador nombró al general Almonte gran mariscal de la corte, « para darle ante el país entero, que le » debe tantas obligaciones, una prueba pública de recono- » cimiento, » segun dice el decreto firmado á bordo de la *Novara* el mismo dia del desembarco de S. M.

Desde entónces no volvió el general Almonte á tener posicion alguna política, ni fué consultado sobre ella. Entónces se alejó á los fundadores del imperio de toda influencia política ; á ese partido que en México y en el extranjero era apellidado *reaccionario* por sus enemigos, que á sí mismos se llamaban *liberales ;* resultando de aquí una injusticia y confusion en la manera de juzgar en Europa al partido monárquico de México, que en verdad le ha hecho mucho mal.

Y sin embargo, para defender á ese partido, no discutirémos sus doctrinas y sus actos, que en nosotros podria tacharse de parcialidad. Dejarémos hablar al marques de la Habana, repitiendo aquí lo que ya hemos dicho, y es que despues de haber estado cerca de cinco años mandando en la isla de Cuba, lo cual le ponia en la necesidad y el deber de seguir paso á paso los acontecimientos de México, decia en el senado español que allí no habia partido reaccionario, y al hacer el elogio del que llamaban así, añadia que ese partido podria pasar en España por el que en este país se llama *progresista*.

Y mas tarde el Sr. Dano, ministro de Francia, que ha residido dos veces en México, estuvo encargado de hacer varios tratados con el imperio, que nombró su plenipotenciario al Sr. Láres, jurisconsulto distinguido, hombre de



Estado, uno de los jefes de mas talla de ese partido *reaccionario*, el Sr. Dano, repetimos, nos decia, « que habia encontrado en el Sr. Láres un hombre muy liberal. »

Pues bien, sobre ese partido se echó un velo despues del triunfo, y cuando llegaron los momentos de angustia, cuando se vió que nada se habia consolidado ni fundado, cuando el ejército frances se veia obligado á reembarcarse, entónces se llama al Sr. Láres y con él y su partido se forma un ministerio, impotente ya para atajar el mal, pero que en aquellos momentos en que las ánsias aumentaban con los peligros, voló al lado del heróico y desgraciado príncipe, le circundó de respeto y de adhesion, no huyó, y sucumbió, quedando entregado al rigor ó á la clemencia de los vencedores, el mismo dia nefasto de la prision del príncipe ante cuya heróica muerte nos inclinamos con respeto, y cuya tumba humedecerémos con nuestras lágrimas en tanto que Dios nos conserve la vida.

FIN.

CLICHY. — Imprenta de M. LOIGNON, calle de Bac d'Asnières.